

## POLITICA DE LA ESCRITURA: MAURICE BLANCHOT Y JACQUES RANCIÈRE

*Politics of Writing: Maurice Blanchot and Jacques Rancière.*

Rudy Pradenas<sup>1</sup>

**Resumen:** Este artículo aborda la idea de política de la escritura en las obras de dos autores contemporáneos, Maurice Blanchot y Jacques Rancière. Este último, sin un afán sistemático, ha planteado algunas lecturas críticas sobre las propuestas filosófico-literarias de Blanchot. Pero, más allá de las distancias que Rancière ha establecido con respecto a la obra de Blanchot, he tratado de mostrar algunos puntos de confluencia entre ellos. Ambos han interrogado, desde diferentes perspectivas, el carácter indeterminable de la literatura moderna. Además, comparten un interés común por el fondo irreductible de la escritura misma, desde la cual han pensado una posible resistencia contra el sueño totalitario del lenguaje.

**Palabras clave:** escritura, política, modernidad, literatura.

**Abstract:** This article addresses the idea of politics of writing in the works of two contemporary authors, Maurice Blanchot and Jacques Rancière. The latter, without a systematic eagerness, has raised some critical readings on Blanchot's philosophical-literary proposals. But, beyond the distances that Rancière has established regarding the Blanchot's work, I have tried to show some points of confluence among them. Both authors have inquired, from different perspectives, about the undetermined character of modern literature. Hence, they share a common interest for the irreducible ground of writing itself, through which they have thought a possible resistance against the totalitarian dream of language.

**Keywords:** writing, politics, modernity, literature.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Bellas Artes y Magíster en Estudios Culturales, Universidad ARCIS. Actualmente es candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad Diego Portales y la Universidad de Leiden y se desempeña como docente en el Departamento de Filosofía de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE).

En esta presentación abordaremos el problema de la política de la escritura desde las perspectivas de dos autores contemporáneos que han pensado con insistencia el carácter indeterminado de la literatura moderna, a saber, Maurice Blanchot y Jacques Rancière. Este último ha planteado una serie de lecturas críticas sobre la propuesta filosófica-literaria de Blanchot, la cual ha sido señalada como una absolutización mística del lenguaje y la literatura. Por el contrario, nosotros intentaremos proponer algunos puntos de convergencia entre ambos autores, los que Rancière no toma en consideración en sus críticas a Blanchot. Ambos autores, como dijimos, han interrogado desde diferentes perspectivas el carácter indeterminable de la literatura moderna. Pero su mayor cercanía la podemos ver en el interés común que muestran por el fondo irreductible de la escritura misma, desde la cual han pensado una posible resistencia contra el sueño totalitario del lenguaje.

Nuestra estrategia expositiva consistirá en intentar responder algunas preguntas claves, tales como: ¿es posible pensar una política en la obra filosófico-literaria de Blanchot? Y si es así, ¿en qué consiste la especificidad de tal política? Para abordar estas cuestiones, debemos emprender una tarea de orden conceptual e indagar en algunos problemas sobre la definición del concepto moderno de “literatura” en las propuestas de ambos autores, particularmente respecto de las complicaciones que trae consigo referirse a esta palabra tan conocida por todos y, a la vez, tan difícil de delimitar.

En el libro titulado *La palabra muda* (2009), Jacques Rancière expone en detalle la manera en que se configuró el concepto moderno y antirrepresentativo de “literatura”. Nos parece relevante partir de este texto, ya que, aunque no se trate de una monografía sobre la obra de Maurice Blanchot, en él encontramos importantes referencias y cuestionamientos a su trabajo y a su definición de la “literatura”. Esta entrada oblicua, si se quiere, a la obra de Blanchot por medio de las reflexiones de Rancière resulta estratégica para nuestro objetivo, ya que Rancière puede ser comprendido como un pensador de la especificidad de la política que ha instalado un debate relevante sobre la política de la literatura y del arte en general. La pregunta sobre la especificidad de la política en el trabajo de Blanchot, que hemos planteado, debe ser entendida también como una toma de distancia respecto de otras formas posibles de aproximación a su trabajo, por ejemplo, un abordaje ético (que aquí no tendremos tiempo de desarrollar, pero que está del lado de su relación con Emmanuel Lévinas). En este sentido, Rancière nos entrega herramientas importantes para esta clarificación, en tanto que él se ha planteado “una preocupación por el otro, no ética sino propiamente política” (Rancière 2006, 27).

## I. La palabra “literatura”

En *El libro que vendrá*, Maurice Blanchot llama la atención sobre una indeterminación fundamental de la palabra “literatura”. Las obras llamadas literarias, señala, son sustituidas por una masa de textos, documentos, testimonios, “palabras casi brutas” (Blanchot 1979, 223), que parecen ignorar toda intención literaria. Sin embargo, también se pregunta: “¿Por qué esa palabra anónima, sin autor, que no adopta la forma de libros, que pasa y desea pasar, no nos informaría sobre algo importante de lo cual lo que se llama literatura también desearía hablarnos?” (Blanchot 1979, 223). El punto aquí parece ser la interrogación sobre aquello que nombra la palabra “literatura”: ¿existe un modo preciso de distinguir los textos que son esencialmente literarios de las “palabras brutas” que no lo son? Más aún, en el tiempo de la impugnación de la “literatura”, la búsqueda de la “esencia” literaria se ha transformado en un rasgo obsesivo de aquellos que se dedican a la escritura. Para Blanchot, la literatura no puede ser definida como un conjunto de formas, ni siquiera como una actividad aprehensiva. Habiéndose disipado los géneros, la literatura parece afirmarse sola, pero para Blanchot –quien afirma la literatura por sí misma– en realidad no afirma nada: “... la esencia de la literatura consiste en escapar de toda determinación esencial, a toda afirmación que la estabilice o realice: ella nunca está ya aquí, siempre hay que encontrarla o inventarla de nuevo” (Blanchot 1979, 225). Siguiendo este conjunto de problemas a los que nos expone el pensamiento de Blanchot, podemos preguntarnos: ¿cómo comprender, entonces, que una palabra de uso tan común como “literatura” demuestre tal imposibilidad de ser definida? Jacques Rancière, en su libro antes mencionado, se adentra en una serie de contradicciones fundamentales en las que se juega el sentido de la palabra “literatura” al interior de “una revolución lo bastante lenta como para no necesitar siquiera que se la perciba” (Rancière 2009, 17), pero que ha transformado su sentido de modo radical entre una y otra época.

Para Rancière, existen palabras cuyos motivos de indeterminación creemos conocer. Por un lado, están aquellas de uso común cuyo significado radica directamente en el contexto en que son usadas y pierden su sentido si son separadas de tal contexto. Por otro, existen las que remiten a realidades trascendentes, es decir, a fenómenos fuera del campo de nuestra experiencia y que, debido a ello, se resisten a toda validación o invalidación. Sin embargo, la “literatura” no pertenece a ninguno de estos campos. Dada la dificultad que nos impone esta palabra, vale la pena más bien preguntarse “qué propiedades singulares caracterizan esta noción y hacen que la búsqueda de su esencia parezca algo ridículo o desesperado” (Rancière 2009, 10). Para llevar a cabo esta tarea, es necesario evitar la tentación de querer separar las propiedades positivas de las obras literarias de las “ideas” que los hombres se han hecho sobre ellas. Así, por ejemplo, una tragedia “clásica” pertenece a la literatura a partir de un estatuto retrospectivo producido desde la modernidad que se puede aplicar sobre una serie de géneros antiguos que quedan incluidos dentro de una nueva “idea” de literatura. En este sentido,

los motivos por los cuales una tragedia perteneció al género del poema en la época clásica no son los mismos por los cuales puede ser comprendida modernamente al interior de aquello que nombra el concepto moderno de “literatura”. Ambos sistemas de razones –el de la poética clásica y el de la literatura moderna– pueden ser contruidos, y es en este sentido que señalábamos antes la necesidad de renunciar a la posición que busca distinguir las propiedades positivas de las obras de las ideas especulativas que le son “exteriormente” parasitarias.

Para hacer visible esta transformación lenta e imperceptible que sufre el sentido de la “literatura”, Rancière opone dos modos de comprender esta palabra. Estos modos, separados por dos siglos de distancia, pertenecen a dos autores que sumaron a las prácticas de escritura una investigación filosófica sobre sus discursos. El primero es Voltaire, en cuyo *Diccionario filosófico* ya denunciaba la indeterminación de la palabra “literatura”. Él decía que “es ‘uno de esos términos vagos tan presentes en todas las lenguas’ que, como el término ‘espíritu’ o ‘filosofía’, son capaces de adquirir las acepciones más diversas” (Rancière 2009, 14). Sin embargo, Voltaire propone una definición de “literatura” que declaraba válida para toda Europa: “La literatura, explica, corresponde entre los modernos a lo que los antiguos llamaban ‘gramática’: ‘designa en toda Europa un conocimiento de las obras de gusto, ciertas nociones de historia, poesía, elocuencia, crítica’” (Rancière 2009, 14). En segundo lugar, Rancière retoma una formulación de Maurice Blanchot, para quien la literatura implica un movimiento absoluto de volverse hacia su propio asunto. La cita proviene del mismo libro de Blanchot que ya hemos mencionado: “Para quien sabe penetrar en ella [en la literatura], es una rica morada de silencio, una defensa y una muralla alta contra esa inmensidad hablante que se dirige a nosotros apartándose de nosotros. Si en ese Tíbet imaginario, donde los signos secretos no se descubrirían ya sobre nadie, toda literatura viniese a dejar de hablar, lo que haría falta es el silencio, y es esa falta de silencio la que tal vez revelaría la desaparición literaria” (Blanchot 1979, 246-247).

En síntesis, en el caso de Voltaire, la literatura tiene que ver con un tipo de saber que le permitía a los entendidos proferir juicios sobre las obras propias del ámbito de las Bellas Letras. En el caso de Blanchot, se refiere a una experiencia radical del lenguaje que bajo las figuras de la piedra, el desierto, lo sagrado, se consagra a la producción de un silencio. Entonces, para ir de una comprensión a otra de la “literatura”, es decir, del régimen representativo clásico a su comprensión moderna antirrepresentacional, esta tuvo que pasar por un lento deslizamiento que Rancière ha señalado como una revolución que transformó completamente su sentido y que, sin embargo, fue lenta y casi imperceptible.

Ahora bien, Rancière y Blanchot confluyen, cada uno a su manera, en la necesidad de pensar esta transformación. Para el último, las mayores transformaciones que alejan a la literatura del régimen clásico ocurrieron durante este periodo, en el momento en que la palabra del poeta se desprende de la palabra divina. El poeta ya no dice: “[N]o soy yo quien habla sino el dios que habla en mí” (Blanchot 1979, 221). Por su parte, Rancière considera como un momento clave de esta revolución el surgimiento

de la poética romántica, la cual “proclamó el valor autónomo de las obras, su carácter de testimonio sobre el poema del lenguaje o de la humanidad y su capacidad de decirse a sí misma. Incluyó en la definición de su autonomía, en resumen, la distancia de las obras con respecto a sí mismas, su remitir más acá o más allá de sí mismas” (Rancière 2009, 232). Esto produjo un régimen estructuralmente contradictorio sin el cual no se puede comprender la palabra “literatura” en su sentido moderno. Lo propio de la literatura se transformó, a partir de este momento, en una relación negativa consigo misma, devino el nombre del movimiento que “la incita a suprimirse en provecho de su propia pregunta” (Rancière 2009, 228). Rancière, entonces, inscribe dentro de este movimiento de transformación radical el propio trabajo de Blanchot y el conjunto de figuras que utiliza para su definición de la literatura:

La muralla y el Tíbet, el desierto y lo sagrado de lo que nos habla nuestro fragmento, la experiencia de la noche y del suicidio, el concepto de lo “neutro” que nos exponen otros innumerables textos, tienen fuentes muy reconocibles. Remiten a esa sacralización de la literatura de la cual Flaubert y Mallarmé han sido los grandes sacerdotes entre nosotros, a esa desertificación de la escritura que implica el proyecto flaubertiano de un libro sobre nada, a ese encuentro nocturno de la exigencia incondicionada de escribir y de la nada, que supone el proyecto mallarmeano del libro. Expresarían la absolutización del arte proclamada por esos jóvenes y exaltados espíritus alemanes en torno al 1800; la misión del poeta mediador de Hölderlin, la absolutización del “poema del poema” en Schlegel, la identificación hegeliana de la estética con el desarrollo del concepto de Absoluto, la afirmación de la intransitividad de un lenguaje que “no se ocupa sino de sí mismo” en Novalis. Por medio del pensamiento de lo indeterminado de Schelling, remitirían, en fin, a través de la teoría de Jacob Boehme, a la tradición de la teología negativa, consagrando la literatura al testimonio de su propia imposibilidad, como la teología se consagra a decir la indecidibilidad de los atributos divinos (Rancière 2009,18-19).

De este modo, Rancière remite a Blanchot al lugar de una absolutización mística del lenguaje, “en el que se elaboran estas especulaciones filosófico-poéticas que sostendrán, hasta nuestros días, la pretensión de la literatura de ser un ejercicio inédito y radical del pensamiento y el lenguaje, cuando no incluso una tarea y un sacerdocio sociales” (Rancière 2009, 20). No obstante estos comentarios críticos de Rancière, podemos señalar un punto donde las reflexiones sobre la literatura de ambos autores se encuentran muy cercanas. Más aún, nos permiten pensar una política del arte de escribir que tiene como fondo común irreductible a la “escritura” misma: “[La] literatura comienza con la escritura” (Blanchot 1979, 231), señala Blanchot, y para Rancière “la literatura es el reino de la escritura” (Rancière 2011, 28). Ambos han comprendido en la “escritura” un síntoma político, es decir, para ambos la “escritura” es el lugar de ruptura con el poder del lenguaje vivo y originario que instituye tanto el orden lógico del saber como las jerarquías del orden de la polis. A través de la escritura errante y sin maestro, se introduce una perturbación radical en el sueño totalitario del lenguaje.

## II. Política de la escritura

A continuación, debemos preguntarnos con mayor precisión en qué consiste la política de la escritura y, de manera específica, cómo podemos comprender esta política en el pensamiento de estos autores. Como hemos mostrado hasta este punto, tanto Blanchot como Rancière han pensado el paso del concepto de literatura desde su comprensión representativa clásica a su noción moderna antirrepresentacional. En este sentido, han comprendido la necesidad de una “desfuncionalización” del arte de escribir respecto de su función representacional clásica para la transformación del régimen o del espacio literario. La poética antigua establecía una dependencia relativa a un orden adecuado de los personajes, las acciones, el relato y los géneros. Por el contrario, el escritor moderno deshace el orden de estas jerarquías, a saber: al privilegio de la diégesis clásica opone el primado del lenguaje-imagen; al ordenamiento de los relatos en las categorías de los géneros opone el principio antígenérico de la igualdad de los temas, o sea, ya no hay temas adecuados para la aristocracia (tragedia) y otros para el pueblo (comedia), lo que prevalece es la “novela sobre nada”<sup>2</sup>; al principio del decoro opone la indiferencia del “estilo” y, finalmente, al ideal de la “palabra en acto”, opone el régimen de la “escritura errante”. En este sentido, el nuevo régimen literario debe ser comprendido a partir de una política de la escritura.

Ya adelantamos algunas líneas más arriba que, en el caso de Blanchot, “la literatura comienza con la escritura”. La “escritura” es, como señala en *El libro que vendrá*, un conjunto de ritos, “el ceremonial evidente o discreto por donde, independientemente de lo que se desea expresar, y de la manera como se expresa, se anuncia ese acontecimiento según el cual lo que se escribe pertenece a la literatura, el que lee, lee literatura” (Blanchot 2009, 231). Como podemos ver, este conjunto de ritos no tiene nada de teológico. El rito de la escritura no nos lleva a un espacio teológico, sino al espacio literario. En la literatura no hay religión, no nos lleva hacia ella: la escritura literaria se produce justamente en ese exilio y en el desamparo de los dioses. Recordemos que, para Blanchot, la literatura comienza cuando el poeta abandona la palabra divina. En el espacio literario, la escritura misma se muestra completamente emancipada de su lugar secundario y representacional respecto del poder de la palabra viva. La escritura abre paso a la dimensión de lo imaginario, a la ficción donde las palabras dejan de estar sometidas a las relaciones de saber-poder y entran en el movimiento de la errancia donde el saber es sustituido por el no-saber. En el régimen clásico, escribir era antes que nada hablar o, dicho de otro modo, la escritura siempre estaba después del habla en una función secundaria y auxiliar. El régimen literario antirrepresentativo, como ha señalado Rancière, es ese “régimen del arte de escribir donde no importa quién es el escritor y no importa quién es el lector” (Rancière 2011,

---

<sup>2</sup> Cita Rancière a Flaubert: “Lo que encuentro bello, lo que querría hacer, es un libro sobre nada, un libro sin ligaduras exteriores, que se sostendría a sí mismo por la fuerza interna de su estilo (...), un libro que casi no tuviera tema, o en el que el tema, de ser posible, fuera prácticamente invisible” (Rancière 2009, 238).

28). Las frases de los novelistas, entonces, podían ser consideradas, desde los críticos decimonónicos hasta Sartre, como “piedras mudas”<sup>3</sup>. Estas eran “mudas” en el sentido en que Platón había relacionado las letras mudas con las “pinturas mudas”, opuestas a la palabra viva del maestro, depositada “como una semilla destinada a crecer en alma del discípulo” (Rancière 2011, 28). La afirmación blanchoteana que dice que “la literatura comienza con la escritura” encuentra, de este modo, una gran sintonía con la afirmación de Rancière sobre que “la literatura es el reino de la escritura”. Rancière ha comprendido la relación entre escritura y política a partir de una lectura antiplatónica del problema de la “escritura errante”, que en la ausencia de maestro propende al error más que a la transmisión del saber. Blanchot dice, por su parte, que “error significa el hecho de errar, de no poder permanecer, porque allí donde uno está faltan las condiciones de un aquí decisivo” (Blanchot 2002, 212), a lo que agrega: “[E]l errante no tiene su patria en la verdad sino en el exilio, se mantiene afuera, *más acá*, apartado, allí donde reina la profundidad de la disimulación, esta oscuridad elemental que no lo deja relacionarse con nada y que, por eso, es lo espantoso” (Blanchot 2002, 212). Y podemos decirlo de otro modo con Rancière: la literatura, en tanto “reino de la escritura”, es una experiencia del inhabitar: “Escribir no aloja en sí mismo, nos dice Kafka. La experiencia de impropiedad y de exilio que liga literatura con la inquietud de lo múltiple” (Rancière 2006, 56).

En definitiva, si la literatura testimonia algo que importa “es por ese dispositivo que introduce la heteronomía en el yo” (Rancière 2006, 53). Es en este punto, señala Rancière, donde se anuda la pregunta de la literatura con la de la política: “[U]na y otra [literatura y política] instauran, por sobreimpresión en la cuenta de las partes de la comunidad y la completitud de los cuerpos, consintiente y conveniente, la existencia de seres sin cuerpos, de seres hechos de palabra que no coinciden con ningún cuerpo, que no son ni propiedades de cosas intercambiables, ni convenciones de una relación de intercambio” (Rancière 2006, 53). La introducción de la heteronomía en el “yo” es la introducción de un “él”, es decir, la escritura literaria inscribe un “él” entre el “yo” que

---

<sup>3</sup> La idea de la “petrificación” de la nueva literatura es una crítica común tanto de los reaccionarios del XIX como de los críticos de izquierda del siglo XX. De este modo, Sartre, en *¿Qué es la literatura?*, señala que con Flaubert ocurre un asalto aristocrático sobre el lenguaje prosaico. Dicho asalto adquiere la forma de una petrificación del lenguaje. Rancière cita a Sartre: “Flaubert escribe para quitarse de encima a los hombres y las cosas. Su frase rodea al objeto, lo atrapa, lo inmoviliza, y le rompe el pescuezo, para cerrarse sobre él, transformarse en piedra y petrificarlo” (Sartre 2008, 172). Sin embargo, señala más adelante Rancière, este esquema interpretativo de Sartre ya había sido utilizado por los críticos contemporáneos de Flaubert: “Barbey d’Aurelvilly resumía la crítica de todos ellos diciendo que Flaubert impulsaba sus frases como un Labrador lleva las piedras en una carretilla. Todas esas críticas coinciden en caracterizar su prosa como una empresa de petrificación de la palabra y de la acción humana, y en ver en dicha petrificación, tal como Sartre lo haría más tarde, un síntoma político” (Rancière 2011, 22). No obstante, esta “petrificación”, en tanto que “síntoma político”, fue interpretada por los críticos contemporáneos de Flaubert de modo contrario a Sartre. Si la petrificación de la escritura era política, esto no se debía al “asalto aristocrático” sobre el lenguaje, sino, por el contrario, “[l]ejos de ser el arma de un asalto antidemocrático, la ‘petrificación’ del lenguaje era para ellos la marca de fábrica de la democracia. Iba de la mano con el democratismo que animaba toda la empresa del novelista. Flaubert ponía a todas las palabras en pie de igualdad así como suprimía toda jerarquía entre temas nobles y temas vulgares, entre narración y descripción, primer plano y trasfondo, y por último, entre hombres y cosas. Claro que prohibía todo compromiso político, tratando con igual desprecio a demócratas y conservadores” (Rancière 2011, 22).

escribe y el “yo” que cuenta. Blanchot, por su parte, nos dice que “Kafka señala con sorpresa, con un placer encantado, que se inició en la literatura cuando pudo sustituir el ‘Él’ al ‘Yo’” (Blanchot 2002, 22).

Ahora bien, desde el punto de vista de una política de la escritura, esta introducción de la heteronomía impersonal no debe ser comprendida simplemente con la caída en lo *neutro*, sino como la introducción de una perturbación de la distribución y de la cuenta de las partes de la comunidad. En la obra blanchoteana, el adentro de la literatura deviene un afuera radical, como la apertura de un mundo al interior de otro; más aún, es la apertura de un afuera interior que interrumpe toda división consensual entre el adentro y el afuera. El afuera literario llena el adentro del mundo común con existencias y palabras “suspensivas” (Rancière 2006, 51). Estas no coinciden con ninguna cuenta consensual de la comunidad. Como la literatura misma, son indeterminables seres hechos de palabras. Estas son “existencias suspensivas”, señala Rancière, que no pueden surgir sin perturbar el sistema de propiedades y denominaciones que instituyen el discurso del consenso, los axiomas del poder o el ordenamiento de los cuerpos:

Una existencia suspensiva tiene el estatuto de una unidad remanente, sin cuerpo propio, que viene a inscribirse en sobreimpresión sobre una conjunción de cuerpos y propiedades. Entonces introduce necesariamente un disenso, una molestia en la experiencia perceptiva en la relación de lo decible con lo visible. También es una existencia que se juega golpe a golpe, en el acto que, cada vez, efectúa singularmente una potencia que no tiene otra atestación. Para desgracia de todos aquellos que quieren distinguir las formas del juicio y las propiedades reales, la literatura es la existencia que no se deja distinguir de su demostración y debe, en consecuencia, repetir continuamente dicha demostración. Constantemente debe hacer lo excepcional y solo puede hacerlo con lo banal (Rancière 2006, 51).

Así volvemos a las primeras páginas de este breve texto, donde nos preguntamos por la condición indeterminable de la literatura y remitimos a las siguientes palabras de Blanchot, que ahora parecen tener una afinidad profunda con la cita anterior de Rancière: “[L]a esencia de la literatura consiste en escapar de toda determinación esencial, a toda afirmación que la estabilice o realice: ella nunca está ya aquí, siempre hay que encontrarla o inventarla de nuevo” (Blanchot 1979, 225). La escritura errante circulando sin maestro que la domine y, por lo tanto, sin destinatario específico, produce una perturbación en el orden ideal del saber y de la polis. La literatura interrumpe la tarea de las determinaciones y suspende toda relación de sí a sí. Ella introduce la heteronomía radical de seres hechos de palabras, cuyas propiedades son siempre impropiedades, que atraviesan clandestinamente el orden de toda comunidad.



## Bibliografía

- Blanchot, Maurice. 1979. *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila.  
———. 2002. *El espacio literario*. Madrid: Editorial Nacional.  
Rancière, Jacques. 2006. *Política, policía, democracia*. Santiago: Lom.  
———. 2009. *La palabra muda*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.  
———. 2011. *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.  
Sartre, Jean-Paul. 2008. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.